

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

DOCTOR D. PRÓSPERO MARIA ALARCON

ACERCA DEL

APOSTOLADO DE LA CRUZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tolosa

MÉXICO.

IMPRESA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
Calle de Meliora, antigua Plaza del Volador.

1896

BX874

.A4

C3

1896

c.1

BX874

.A4

C3

1896

c.1

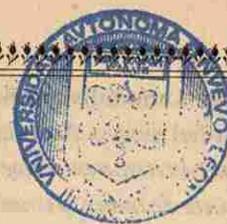
003742



1080027433



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

NOS EL DR. D. PROSPERO MARIA ALARCON
Y SANCHEZ DE LA BARQUERA, POR LA
GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓ-
LICA, ARZOBISPO DE MÉXICO,

*Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metropoli-
tana, al muy Ilustre Sr. Abad y Cabildo de la Insigne Colegiata de
Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero Secular y Regular, y á todos
los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendicion en Nuestro Se-
ñor Jesucristo.*

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

Es una de las máximas con más frecuencia repetidas y con más interés recomendadas en las Sagradas Escrituras, la necesidad del padecer. Aun los gentiles conocieron los grandes bienes con que se enriquece el espíritu en las tribulaciones; y Epícteto compendia los esfuerzos que el hombre debe hacer para ser virtuoso, en estas dos palabras: *abstine, sustine*, "abstente, sufre;" sentencia, que adquiere incomparablemente mayor brillo y divina autoridad en el sagrado libro del Eclesiástico: "*Estréchate con Dios, y ten paciencia, á fin de que en adelante sea más próspera tu vida.*" Las ventajas riquísimas que proporciona la Cruz, nos las descubre con admirable expresion

40944

003742

B7874
C3-A47
1896

nuestro amabilísimo Salvador cuando, hablando del convertido Saulo á su fiel siervo Ananías, le dice: " *Ve á encontrarle; que ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre y anunciarle delante de todas las naciones, y de los reyes y de los hijos de Israel.*" Altísima era ciertamente esta gloria á que se había propuesto elevar á Saulo el divino Jesus. — " *Y yo le haré ver.....*" — ¿Qué nuevas grandezas, Señor, vais á mostrar á ese hombre, que todavía ayer era vuestro enemigo, y hoy resulta ser ya instrumento dichosísimo de vuestra gloria? ¿Le mostrareis, como á vuestro regalado siervo David, *los secretos y recónditos misterios de vuestra infinita sabiduría?* ¿Acaso las numerosas conquistas que entre los gentiles llegará á conseguir con el poder de vuestra gracia? ¿Las estupendas maravillas que hará para propagar la gloria de vuestro nombre, la admiracion entusiasta que ha de excitar entre los sabios, y el tiernísimo amor con que han de venerarle los pueblos? No; no es eso lo que quiere mostrar el Señor al nuevo Apóstol para encadenarle con más suavidad á su servicio. " *Yo le haré ver, dice, cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.*" Y si recordamos, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, que por premio de esos trabajos fué creciendo de tan singular manera la gloria de San Pablo, y agigantándose á tal grado su mérito, que el Señor quiso premiárselo aun en vida, elevándole hasta el tercer cielo y haciéndole gustar allí preludios suavísimos de la eterna gloria que gozan los bienaventurados; nos penetraremos, sin duda, de las inmensas ventajas que se obtienen con el cristiano padecer. Instituida con este fin la preciosa obra del *Apostolado de la Cruz*, de la cual tan ricos crecimientos de gracias esperamos conseguirán los fieles de Jesucristo, Nos ha parecido oportuno exponeros, con la posible claridad, la saludable doctrina en que se funda, y el objeto que en las almas se propone.

I

Si por dolorosa experiencia no nos constase que esta vida que llevamos sobre la tierra es vida de constantes sufrimientos, bastarianos para recordarlo aquella sentencia del Espíritu Santo en el sagrado libro de Job: " *El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está ates-*

tado de miserias." Numerosas fueron ciertamente las que en la segunda época de su vida llovieron sobre este invicto modelo de paciencia; pero no sólo las conoce el que mucho sufre, sino que con tan triste lujo de exhibicion se ofrecen á los ojos de los hombres, que Salomon, uno de los más encumbrados personajes que han contemplado la luz del sol, rey poderoso y magnífico, por largo tiempo asediado de todos los envidiados goces que pueden proporcionar la majestad, la riqueza y el placer, confesaba al fin, hastiado y adolorido el corazon, que en todas las cosas había visto tan sólo " *vanidad y afliccion de espíritu.*" Y San Agustin, que entendía con mucha más claridad que aquel sabio rey la elevada filosofía del verdadero vivir, decia: " *¿Qué es el vivir mucho, sino estar mucho tiempo atormentado?*" Sólo puede en algun modo dulcificar esta amargura de la vida el verdadero amor de Dios, que nunca es más expresivo que cuando va felizmente acompañado del constante padecer. Bien lo sabia el Apóstol de las gentes, que destinado á ser vaso de eleccion sufriendo mucho por la gloria de su Dios, encontraba en esto compensaciones amplísimas, en tanto grado, que no pudiendo contener las avenidas de inexplicable contento en que sentía inundada su alma, vese como precisado á exclamar que " *rebosa de gozo,*" y que " *todo lo puede en Aquel que le conforta.*" Y no es de extrañar que á favor de tan eficaces consuelos con que parecía porfiar en enriquecerle el ansia misma de sufrir por el divino Jesus, se sintiese poseido de misteriosa fortaleza para lanzar, abrasado de divino amor, este valeroso reto, capaz de sobrecoger de admiracion á todo el universo: " *¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulacion? ¿ó la angustia? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el riesgo? ¿ó la persecucion? ¿ó el cuchillo?..... Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza ó violencia, ni todo cuanto hay de más alto ni de más profundo, ni ninguna otra criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor.*" Quien tan alto volaba en la seguridad del divino amor, con muy hondas raíces tenia que contar en el deseo de padecer. Y que el ardoroso Apóstol no se pagaba sólo de buenos deseos y animosos propósitos, lo confiesa él mismo, aunque tan humilde, escribiendo á los fieles de Corinto: " *¿Son ministros de Dios? (Aunque me exponga á pasar por imprudente) diré*

que yo lo soy más que ellos; pues me he visto en muchísimos más trabajos, más en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en alta mar á punto de sumergirme; me he hallado en penosos viajes muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos; en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigiliias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. Hé ahí, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, el secreto de los consuelos dulcísimos del Apóstol, y de su cristiana seguridad en el amor á Jesucristo. El abad Deicola, en medio de sus voluntarios sufrimientos, aparecía siempre sereno y risueño el semblante, hasta el punto de causar admiración en todos los que le conocían; y cuando le preguntaban la causa de tan inalterable tranquilidad, respondía: «Nada hay que sea capaz de perturbarme, porque no hay cosa alguna que pueda separarme de mi Dios.» Y bien sabemos que este mismo gozo en el sufrir sentían los apóstoles y los mártires; porque, como dice el Espíritu Santo en el sagrado libro de los Proverbios: «ningun acontecimiento podrá contristar al justo.» Y justo es, con fundadas esperanzas de ir creciendo cada día en santidad, el que generoso se abraza con la Cruz, y cifra toda su dicha en padecer por Jesucristo.

Motivo de no escaso gozo debe ser para nosotros el sufrir, y así nos lo dice el Apóstol Santiago: «Tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo, el caer en varias tribulaciones.» Cuando por tantos títulos se nos ofrece amable la Cruz, el Apóstol nos descubre con admirable sabiduría uno nuevo, que constantemente debiera atraer nuestras almas al amor del padecer. Tal es la regalada vocación con que Dios favorece á sus escogidos, según aquellas palabras de la Carta á los fieles de Filipos: «Por los méritos de Cristo se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en él, sino también de padecer por su amor.» Y esto mismo nos dice el Apóstol San Pedro: «Para esto fuisteis llamados á la dignidad de hijos de Dios; puesto que también Cristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros, dándoos ejemplo, para que sigais sus pisadas.» Ansioso anduvo siempre el divino Jesus de padecer por el hombre, y de que éste entendiese de una manera eficaz que en el sufrir estaba el

secreto de sus mayores méritos y de las más gloriosas victorias. A los que con la divina gracia se esfuerzan en levantar el vuelo á esas alturas, gózase el amabilísimo Redentor en premiarlos con nuevos favores y en tenerlos como suyos; y estas son las apreciables conquistas en que de antemano se gozaba su divino Corazón, cuando decía: «Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí,» indicándonos con esto que en torno de la Cruz agrúpanse pacientes y gozosos todos los predestinados. Pero ¡ay! muchos son, por desgracia, los que forman en distinto campo, verdaderos enemigos de la Cruz, que atentos sólo á contentarse á sí mismos y olvidando los tormentos y amarguras que costaron al amabilísimo Jesus, esfuerzarse en pasar la vida de la manera ménos mortificada ó más cómoda, esquivando con ingeniosa constancia y toda suerte de hábiles recursos las más ligeras ocasiones de sacrificio. ¡Almas verdaderamente desdichadas, á quienes sin duda repetiría hoy el Apóstol de las gentes aquellas palabras gravísimas que un día dirigiera á algunos de los fieles de Filipos: «Porque muchos andan por ahí, como os decía repetidas veces (y aun ahora lo digo con lágrimas), que se portan como enemigos de la Cruz de Cristo.» Triste es, en verdad, que estas almas culpablemente distraídas no reconozcan en serio que una de las mayores pruebas que de su amor y de su gratitud pueden dar á su Dios, es la de sufrir por Él. Sabido es que aquel santo religioso cuyas virtudes publica con encomio San Doroteo, al verse libre de tentaciones y amarguras con que por mucho tiempo venía probándole Dios Nuestro Señor, exclamaba inconsolable: «Pues ¡qué! Señor, ¿tanta es mi desdicha, que ya no me considereis digno de padecer por Vos?» No era menor ciertamente el ardoroso empeño que en padecer por amor á Jesucristo sentía Santa Teresa de Jesus: mostrándole á su Divina Majestad la Cruz, decíale con generosa decisión: *Aut pati, aut mori*; «Señor, ó padecer, ó morir.» Y Santa María Magdalena de Pazzis, inflamada en estas abrasadoras ansias de sufrir por amor á la Cruz, parecía ir todavía más allá que su santa Fundadora, al decir con frecuencia á su divino Esposo: *Non mori, sed pati*; «No morir, Señor, sino padecer.» ¡Admirable fortaleza la que inspira el amor nobilísimo de la Cruz, cuando aun en pechos femeniles se revela tan arraigada y poderosa!

II

Bien sabemos en cuánta estima tiene el sufrimiento el Salvador amabilísimo de nuestras almas, desde que con tanta solemnidad le pregonó como el sello de sus escogidos y prenda de predestinación; al decir: *«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su Cruz, y sígame.»* Esta preciosísima declaración de que al padecer por Jesucristo mostramos tenerle por guía y seguir con fidelidad sus pasos, debiera ser ya para nosotros motivo de purísimos consuelos; pero todavía se ofrece más poderosa razón para que nuestros corazones se dilaten con gozosísima dulzura, al recordar que el sufrir por el amantísimo Dueño de nuestras almas y llevar con Él animosos pesada Cruz, es prueba ciertísima y testimonio irrefragable de que á Él nos liga verdadero y generoso amor. El Espíritu Santo nos lo dice en el sagrado libro de la Sabiduría: *«Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande; porque Dios hizo prueba de ellos, y hallólos dignos de Sí. Probólos como al oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto; y á su tiempo se les dará la recompensa.»* Bien conocía el Príncipe de los Apóstoles que por lo mismo que en la generosidad y constancia en el sufrir se revela lo fino y delicado del amor, tienen que ser galardonadas las Cruces de esta vida con las dulzuras inefables del cielo: *«Alegraos, dice, de ser participantes de la pasión de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os goceis también con Él llenos de júbilo.»*

Felices son ciertamente los que sufren por amor de Dios: ésta es la dicha más pura, verdaderamente inamisible, que no vacilaba en preconizar el apóstol Santiago con estas palabras: *«Ello es que tenemos por bienaventurados á los que así padecieron.»* Y lo que más abona todavía la necesidad y la excelencia del sufrimiento, es que nos enseñan á sufrir, aunque no sea por Dios, los mismos mundanos. No es necesario conocer muy por menudo las costumbres y aspiraciones que en el mundo reinan, para que podamos formarnos alguna idea de las continuas penalidades á que gustosos se someten, no por sólidas y duraderas ganancias, sino por mezquinas satisfacciones que pasan; *«para alcanzar, dice el Apóstol San Pablo escribiendo á los Corintios,*

una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna.» Pero la tribulación nuestra debe ser perpetua; porque sería peligroso descender de la Cruz y mirar atrás en el camino de la perfección. *«Mientras vivimos, dice San Agustín, nunca es tiempo oportuno para arrancar los clavos que nos sujetan á la Cruz.»* ¡Ah! Y ¡qué grato es á Dios Nuestro Señor contemplar el empeño que nos tomamos en la meritoria empresa de la mortificación! Tanto amaba Su Divina Majestad al santo rey David, que decía de él: *«He hallado á David, hijo de Jesé, hombre conforme á mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos.»* Y ¿qué méritos pudo haber en el Rey Profeta, para que el mismo Dios hiciese de él tan expresivo panegírico? Los sufrimientos que diariamente se imponía por Él: ahí están sus inspirados Salmos, en que á cada frase parece trasparentarse su agradecido y amante corazón. Entre muchos, préstanse á piadosas meditaciones y á la edificación de las almas que más subidos grados de amor hayan alcanzado, estos del Salmo XLIII: *«Todo el día tengo delante de los ojos mi ignominia, y está mi rostro cubierto de confusión, oyendo la voz del que me zahiere y llena de vituperios, y viendo triunfante á mi enemigo y perseguidor. Todas estas cosas nos han sobrevenido; mas no por eso nos hemos olvidado de Ti, ni hemos cometido iniquidad contra tu alianza. No se ha rebelado nuestro corazón, ni has permitido que se desviasen de tu senda nuestros pasos, aunque nos humillabas en el lugar de la aflicción, donde nos cubría la sombra de la muerte..... El hecho es que por amor de Ti estamos todos los días destinados á la muerte: somos reputados como ovejas para el matadero.»* ¿No os parece descubrir á través de estas palabras del Profeta-Rey, cierto ánimo en gran manera esforzado para padecer, y cierta fidelidad á toda prueba para cumplir con la voluntad de su Dios, ansioso de hacersele propicio, más por la amargura del cáliz que por su amor apuraba hasta las heces, que por las ruidosas victorias que un tiempo consiguiera para más extender la gloria de su adorable nombre? Y esta vida de trabajos y de dolor hemos de estar dispuestos á llevar todos los que por dicha nuestra nos gloriamos de vestir la honrosísima librea de Cristo Nuestro Señor; que *«los que son de Cristo, como escribe el Apóstol á los fieles de Galacia, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones,»* esforzándose en extirparlas por su amor.

Mucho podemos dulcificar nuestros sufrimientos, si en ellos vemos la voluntad santísima de Dios. El que con el corazón, más que con los labios, reza la oración dominical, no puede menos que aficionarse al padecer cuando pronuncia aquellas palabras de tan alta significación: *«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»* Porque si á la calma del espíritu sucede desecha tormenta, si se truecan en nublados y adversos los serenos tiempos de bonanza, en el corazón lo mismo que en los labios pronta está la explicación de estas y otras muchas vicisitudes: *«Dios lo quiere.»*—*«Esta es la voluntad de Dios.»* Así se expresaba nuestro amabilísimo Redentor cuando se dirigía á su Eterno Padre: *«St. Padre mio, alabado seas, por haber sido de tu agrado que sucediese así.»* Y cuando, próximo á entregarse por nuestro amor en manos de sus enemigos, mandó á San Pedro que envainase su espada y no se empeñase en defenderle, le dijo: *«El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿he de dejar yo de beberle?»* Imitar en esto á Cristo Nuestro Señor es altísima honra y gloria incomparable, pues equivale á nuevas señales de predestinación, como nos dice el Apóstol en su Carta á los Romanos: *«A los que Dios tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo, por manera que sea el mismo Hijo el primogénito entre muchos hermanos.»* ¡Qué gloria elevadísima, parecerse por el sufrimiento á Cristo Nuestro Señor!

Y no es gran maravilla; porque el amor verdadero á la Cruz es camino seguro para llegar á la perfección. Empañan la pureza del corazón con harta frecuencia hábitos de inmortificación y de propio juicio, disimuladas tendencias á dejar siempre satisfecho nuestro amor propio, afición á las criaturas tal vez con especiosos pretextos de caridad, y centenares de afectos menos ordenados, en que tantas veces nos sorprendemos más ó menos preocupados y solícitos de nuestra propia satisfacción. Pero, felizmente, brilla de nuevo en el alma el esplendor de su belleza, cuando se siente poseída del amor á la Cruz; que la sobrenatural hermosura en ella producida por la gracia sólo puede conservarse y tomar creces con la seria resolución de padecer. Entonces germinan con incomparable lozanía generosos afectos y esforzados propósitos, y nacen y robustécense sólidas virtudes, sin que haya que lamentar obstáculos en la mística tierra del corazón, vencidos co-

mo están ya por el sufrir los desordenados afectos de la voluntad. Esto quiso significar el Espíritu Santo, al decirnos por el Apóstol Santiago que *«la paciencia perfecciona la obra;»* admirable concisión para indicarnos nada menos que la grandiosa y celestial empresa de nuestra perfección espiritual. Y no encontraremos jamás elemento más poderoso para esta obra de tanta importancia, que es en verdad la *única* que constantemente debiera preocuparnos. Habla al divino Amado de su alma la sagrada Esposa en el capítulo II del inspirado libro del Cantar de los Cantares, y le dice: *«Vuélvete corriendo; aseméjate, querido mio, á la corza y al cervatillo que se crían en los montes de Bether;»* y á pocas páginas dícele en el capítulo VIII: *«¡Ah! Corre aprisa, amor mio, y aseméjate á la corza y al cervatillo, huye á los montes de los aromas,»* si quieres oír mi voz. ¡Singular variación en el amor, cuando tan acendrado y tan fino parecía ser el que inflamaba hácia Dios el corazón de la sagrada Esposa! ¡Cómo! ¿Tan pronto se ha sentido hastiado su amante pecho de las dulzuras purísimas que produce el divino amor? No, ciertamente; que mal pudiera causar enojos al alma la posesión felicísima del sumo Bien, fuente inagotable de los más puros y embelesadores goces. Es que, como muy sabiamente interpreta la Paráfrasis caldaica, el alma justa, representada en la sagrada Esposa de los Cantares, manifiesta á su Dios un amor más desinteresado y más puro buscándole anhelante por los ásperos senderos de la Cruz, que dirigiéndose plácida hácia Él por el fácil camino de espirituales consuelos. Sabe muy bien que cuanto más alejada de su divino Esposo parezca estar por la privación de encantadoras dulzuras, más presente le tiene y más propicio por su heroica fidelidad en sufrir por Él; que en el tranquilo vivir sin temores que acongojen, ni angustias que desconsuelen, bien pudiera sospechar el alma con amarga pesadumbre que, más que á su Dios, va buscándose á sí misma.

III

Nuevos y más subidos quilates de mérito descubrimos en la Cruz, si en el sufrir vamos al mismo tiempo agradeciendo los sufrimientos de nuestro amorosísimo Salvador. En el padecer por Jesucristo *«glo-*

rificamos á Dios y le llevamos en nuestro cuerpo,» como recomienda el Apóstol San Pablo, cuyo amor al sufrimiento era tal, que decía escribiendo á los Gálatas: «Yo traigo impresas en mi cuerpo las señales de lo que he padecido por amor de Jesus;» y á los Corintios: «Castigo mi cuerpo y le esclavizo; no sea que habiendo predicado á los otros, venga yo á ser reprobado.» Y cuán necesario sea en todos nosotros, para imitar á Cristo Nuestro Señor, el amor á la Cruz, lo explica en su carta á los Colosenses: «Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo en sus miembros, sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, el cual es la Iglesia.» Ciertamente que al divino Jesus nada le ha quedado por padecer; porque su Sangre preciosísima, como dice el Doctor Angélico, es suficiente para la redención de muchos mundos: «lo que falta es, que así como Cristo padeció en su santísimo Cuerpo, del mismo modo padezca en Pablo, que es miembro suyo, y en todos los demás cristianos.» Por esto, según San Bruno: «Dice San Pablo que cumple lo que resta que padecer á Cristo, porque se va acercando á la muerte. Mucho sufrió Cristo, Nuestro divino Salvador: oprobios, vejaciones de todo género, azotes y hasta la misma muerte. Así Pablo había padecido también oprobios, azotes, muchas aflicciones, y acercábase entonces á la muerte para morir por Cristo, así como Cristo había muerto por él.» No menos explícito que su amado co-Apóstol Pablo se muestra San Pedro, cuando nos dice: «Cristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigais sus pisadas.»

Para que no sean en nosotros estériles tan autorizadas recomendaciones, para dar en cuanto sea posible mayor gloria al Corazón sacratísimo de Jesus, y para satisfacer las ardorosas ansias de las almas piadosas, que cifran su mayor dicha en desagruar á este Corazón amabilísimo de tantas injurias que incesantemente le prodigan los hombres ingratos, consideramos medio muy eficaz la preciosa obra del *Apostolado de la Cruz*, canónicamente erigida en su diócesis por Nuestro venerable Hermano el Ilustrísimo Señor Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramon Ibarra y Gonzalez, el 3 de Mayo de 1895, acogida con fervoroso entusiasmo por el segundo Sínodo diocesano de la misma ciudad cuatro días después, y últimamente enriquecida con numerosas indulgencias, muchas de ellas plenarias, por Su Santidad Leon XIII.

Es el objeto del *Apostolado de la Cruz*, excitar á los fieles á padecer por nuestro divino Salvador, acompañándole de algún modo en los dolores que oprimieron su amantísimo Corazón, y pidiéndole las gracias convenientes para la santificación y perfección de nuestras almas, y que llegue cuanto antes el día por tanto tiempo suspirado, de que el divino Corazón de Jesus reine sin contradicciones sobre la tierra. Persuadidos de que con esta hermosa institución alcanzarán todavía mayor incremento el «Apostolado de la Oración» y la «Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesus,» y de que los fervorosos amantes de nuestro divino Redentor, al afiliarse en el *Apostolado de la Cruz*, se animarán á penetrar con más ardor en los amorosos secretos y salvadores designios de este dulcísimo Corazón, sufriendo pacientemente por Él y amándole con filial ternura; Nos hemos creído oportuno establecerla en este Arzobispado por medio del siguiente Decreto:

«Considerando que los principios en que se funda la obra del *Apostolado de la Cruz* son consecuencia legítima de las divinas máximas del Evangelio, con tan paternal interés recomendadas por nuestro amabilísimo Salvador; que en todos los pueblos en que ha sido establecida ha contribuido de muy notable manera, y en ocasiones prodigiosa, al fomento de la piedad y á la cristiana reforma de las costumbres; que los venerables Prelados de esta República la han aprobado sin reservas, dispensándola amorosa acogida y reconociéndola como auxiliar muy poderoso para el acrecentamiento de la verdadera devoción y del culto al Corazón Sacratísimo de Jesus, y que, últimamente, á ruegos de Nuestro venerable Hermano el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, el Sumo Pontífice se ha dignado bendecirla y enriquecerla con numerosas indulgencias; venimos en erigir canónicamente en la Iglesia parroquial del Sagrario Metropolitano de esta ciudad, la Asociación piadosa del *Apostolado de la Cruz*, y recomendamos con el mayor interés esta saludable Institución á Nuestros muy amados Párrocos y Capellanes de este Arzobispado para que oportunamente la vayan estableciendo en sus respectivas Iglesias y Santuarios, solicitando de Nos la conveniente erección canónica, que gustosos estamos dispuestos á conceder.»

Seguros estamos, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, de que no puede menos de ser muy grata al Corazón amabilísimo de Jesus esta obra del *Apostolado de la Cruz*, en que las almas fieles de la

Iglesia, al sufrir con paciencia las penalidades en que tan fecunda es la vida del hombre, consolarán á Nuestro amabilísimo Salvador en los tormentos que padeció en su Cuerpo sacratísimo y en las amarguras que abrevaron su bendita alma. ¿Qué entendimiento de hombre ni de ángel pudiera formarse aproximada idea de los sufrimientos del divino Jesus en el Huerto de Getzemaní, en el lugar de su horrible flagelación, en el Pretorio y en el Calvario? Y sin embargo, su silencio, su dulzura, la serenidad de su divino semblante y la tranquilidad de su espíritu, dícnos con admirable elocuencia con qué conformidad y alegría es necesario sufrir, si hemos de parecernos en algo á nuestro divino Capitan. Y ¡qué decir de sus incomparables amarguras! Un pueblo que cinco días ántes le habia vitoreado con atronadores hosannas y expresivo entusiasmo, déjase culpablemente sorprender por los enemigos de su amabilísimo Bienhechor; y al oír la impía proposición de Pilatos, que los invita á decidirse por Jesus ó por Barrabás, por el Santo de los santos ó por un famoso malhechor; pronúnciase en favor del odiado forajido, y pide la muerte infamante de la cruz para el que viene á brindarle con gloriosa y eterna vida. La admiración que en ellos produjeran tantas veces los estupendos milagros hechos por el divino Nazareno; las ruidosas muestras de gratitud que con frecuencia le habian tributado cuando multiplicaba panes y peces en el desierto, sanaba á sus enfermos incurables, y les devolvía llenos de vida los deudos que les habia arrebatado la muerte; la memoria de tantas maravillas hechas en su favor, cuyo solo relato llenaría de libros el mundo; todo eso queda por completo olvidado entre aquellos espíritus volubles y desagradecidos. El amable taumaturgo de ayer, á quien tan en serio intentaron aclamar por rey, es ya, á sus ojos, no más que un despreciable criminal que merece ser pospuesto á un homicida vulgar. ¡Oh Corazon amabilísimo de Jesus! ¿Qué amargura podrá ser comparable á la vuestra, al veros tratado con tan horrenda ingratitud y tan abominable injusticia? Los que anhelaís desagraviar á vuestro divino Rey tan vilmente ultrajado, por irrisión coronado de espinas, y por diabólica crueldad clavado en afrentosa cruz, bien podeis atesorar en vuestro corazon estos dolorosos recuerdos, tan eficaces para excitar en cualquier pecho amante efectos ardentísimos de *amor y de dolor*.

Por último, nuestros sufrimientos por el divino Jesus deben revelarse en la práctica de buenas obras. Otros géneros de muerte pudo muy bien elegir nuestro amabilísimo Salvador para redimir á los hombres. Ofreciéronle la ocasion de morir sus mismos conciudadanos de Nazaret, cuando, por haberse negado á hacer milagros entre ellos, quisieron precipitarle desde la cumbre de un monte; pero al divino Taumaturgo no plugo morir entónces, sino que *"pasando por medio de ellos, se retiró."* Tampoco aceptó las ocasiones de morir apedreado, ni acabar su preciosa vida en el bárbaro tormento de la flagelación; sino que prefirió ser clavado ignominiosamente en una Cruz en el Calvario, y morir extendidos los brazos. ¿Qué nuevo misterio se oculta en este género de muerte? «Quiso que fuesen extendidas sus manos en la Cruz, dice San Agustin, *"para que nuestras manos se extiendan tambien en la práctica de las buenas obras."* No basta, pues, sufrir en silencio; que nuestra vida, en cuanto sea posible, debe ser fecunda en obras de celo, y cumple á la mayor gloria de Dios muerto en la Cruz por nuestro amor, que nuestra alma agote, por decirlo así, toda su actividad en meritorios trabajos de propaganda católica, tan necesarios en este religioso país, por tantos males hace tiempo combatido. Dígnese el amabilísimo Jesus imprimir el precioso sello de su amor en nuestro corazon y en nuestros brazos, para que no sólo nuestros pensamientos y deseos, sino tambien nuestras obras, constantemente respiren afectos de *amor y de dolor*.

Que el amor á las tribulaciones y á la Cruz, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, sea en nosotros fecundísimo gérmen de obras meritorias, con que desagraviemos sin cesar al Corazon amabilísimo de Jesus, siempre solícito de nuestro bien. Y que se grave en vuestras almas con caracteres que no se desfiguren nunca, la Consagración que de todo nuestro ser hacemos desde luego á nuestro divino Redentor con arreglo á la fórmula que á continuacion trascibimos y Nos mismo rezaremos, Dios mediante, en la Iglesia del Sagrario á las diez de la mañana del próximo viernes 27, despues de la Misa Pontifical é imposición de escapularios con que queremos solemnemente inaugurar la erección de la Asociación piadosa del Apostolado de la Cruz. Concedemos ochenta días de indulgencia á todos los fieles de este Arzobispado y de las Diócesis sufragáneas de Puebla, Veracruz, Tulan-

cingo, Chilapa y Cuernavaca, por cada vez que devotamente digan este Acto de consagracion.

Y deseándoos que en el amor á la Cruz consigais abundantes gracias espirituales, afectuosamente os bendecimos en el nombre del Padre, ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo.

Será leida esta Carta Pastoral *intra Missarum solemniam* en todas las iglesias de este Arzobispado, el día festivo que ocurra inmediato al de su recepcion; en los colegios católicos en la primera oportunidad, según lo dispongan sus respectivos superiores; y exhortamos en el Señor á todos los fieles que no pudieran oír su lectura en las Iglesias, á que la hagan con el debido recogimiento y atencion en sus casas.

Dada en Nuestra Casa Arzobispal de México, el día de la Preciosísima Sangre de Nuestro divino Salvador, á 20 de Marzo de 1896.

✠ Próspero María,
Arzobispo de México.

Por mandato de S. S. J.

Melesio de Jesus Vázquez,
Secretario.

ACTO DE CONSAGRACION.

¡Corazon amabilísimo de Jesus, el más noble, el más amante y el más paciente de todos los corazones, que despues de abrevado por amor al hombre con indecibles amarguras, quisisteis ser herido con dura lanza para ofrecernos, muerto ya, las últimas gotas de vuestra Sangre y agua preciosísima! Poseidos de la más tierna gratitud Os bendecimos y alabamos con toda el alma, y Os ofrecemos desde hoy todo el amor de nuestros corazones. ¡Bendita sea por siempre esa Sangre de infinito valor, que con tan amorosa generosidad derramásteis por rescatarnos del poder de nuestro infernal enemigo! ¡Bendita esa lanza, que si atrevida hirió inclemente el más puro de los corazones, fué para abrirnos en él seguro asilo y constante refugio en las adversidades de la vida! ¡Bendita esa corona de punzantes espinas, que traspasando vuestras divinas sienas nos recuerda con desgarradora elocuencia que somos nosotros los que con criminales pensamientos hemos amargado tantas veces ese dulcísimo Corazon! ¡Bendita mil veces esa salvadora Cruz, en que despues de tantos tormentos y amarguras triunfásteis glorioso de la muerte, para merecernos eterna vida!

¡Oh Cruz incomparablemente afortunada, que piadosa sostuviste en tus brazos á nuestro amantísimo Salvador! Nos acogemos á tu amparo, y protestamos querer vivir en ade-

lante bajo tu bendita sombra, negándonos á nosotros mismos, llevando animosos nuestra cruz, y siguiendo con fidelidad al divino Redentor de nuestras almas.

¡Corazon amabilísimo de Jesus, herido por despiadada lanza, cruelmente punzado por las espinas de nuestras culpas, y oprimido con pesada Cruz! Os consagramos desde hoy todas nuestras obras, nuestros pensamientos, nuestras aspiraciones, nuestras penas, nuestras familias y los afectos todos de nuestro corazon. Queremos vivir sólo para Vos, y por Vos sólo ansiamos padecer.

¡Que esa santa Cruz, instrumento felicísimo de nuestra salvacion, nos acoja piadosa bajo su amparo, y que viviendo clavados en ella con espíritu de cristiana mortificacion, en ella dichosamente muramos para vivir y reinar por toda la eternidad en el cielo!—Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



0037